

Viven á la sombra de las grandes potencias con las que procuran llevarse lo mejor posible para evitar sus iras, y aparte de algún motín pasajero, ó de alguna algarada sin consecuencias ulteriores, aumentan la riqueza pública fomentando sus industrias y mejorando sus productos.

Hemos ofrecido hablar de Rusia y realmente que la situación interior de esta nación colosal y su influencia en el exterior, bien merecen que nos fijemos algo más en ella.

Después de su campaña de Oriente de 1877, campaña que ya tenía otras como precedente y que volverá en lo sucesivo á reproducirse, dedicóse

á mejorar su gobierno interior, mejoras de que estaba necesitado aquel país.

La emancipación de los siervos había sido ya un gran paso, pero sin embargo, en Rusia existe y existirá siempre un inconveniente grandísimo para su completa tranquilidad.

Aquellos inmensos territorios, con grandes distancias que recorrer para encontrar centros de población; la propiedad concentrada en pocas manos; la pobreza reinando en los campos; la falta de instrucción; el dominio autocrático y las facultades extraordinarias de que se hallan investidos los gobernadores de las provincias que tan distan-



GUILLERMO I, EMPERADOR DE ALEMANIA

tes se hallan de la metrópoli, son causas permanentes del malestar, del disgusto, de la sorda cólera, de la desesperación que reina en las clases bajas que ya ha invadido también las clases medias y que hasta ha llegado á adquirir prosélitos en las elevadas.

Y esto nace, sin duda alguna, de que es necesaria una modificación radical en toda la administración pública.

Las ideas modernas tienden á destruir las autocracias, pretenden la igualdad ante la ley, y exigen de los gobiernos lo que todo hombre, sea la que quiera su condición, tiene derecho á exigir.

Justicia, protección y amparo; derechos ya que se les exigen deberes y una esperanza siquiera de mejora en sus condiciones.

Para esto es necesario reformar las leyes, para esto es preciso cambiar la pública administración y para esto es preciso é indispensable que se varíe el sistema político por el cual se rige la nación.

Y como las ideas van avanzando cada vez más y va haciéndose imposible que los gobiernos permanezcan estacionarios, la lucha entre el trono y el pueblo, lucha sorda, enconada, no vencida aun cuando se castigue á unos cuantos, sino más tenaz y constante cuanto más se la persigue, se sostiene en Rusia y ¡ay del día en que llegue á estallar! Rotos ya todos los frenos, y tan inmensa é imponente como aquellas estepas donde ha germinado y donde se ha nutrido, pasará por encima de todo y ante nada se detendrá.

El nihilismo ha adquirido carta de naturaleza en

aquel país, y en vano es que aumenten las deportaciones á la Siberia, que se castigue con la muerte á los que atentan contra la vida del Emperador, que se sorprendan reuniones y que se encarcele á aquellos de quienes se sospecha.

Al abortado complot, sucedenle otros nuevos; á la tentativa de regicidio, destruida por una casualidad providencial, se sucede otra y otra; la vida del Emperador está constantemente amenazada; sus servidores más fieles pagan con la vida la adhesión que le profesan; si hoy son los reos gente sin instrucción y fanáticos ignorantes, mañana lo son oficiales del ejército, individuos de la nobleza, damas distinguidas, hombres de letras ó de ciencias; finalmente, representaciones de todas las clases que constituyen la nación.

Y esto, ¿qué quiere decir? Que el sentimiento es general, que la idea es tan justa, que es tan santa la causa que se invoca, y de tal modo ha ido encarnándose en todas las capas sociales, que ya no tiene fuerza el Gobierno para sofocar el general clamor que se manifiesta de aquel modo.

Posee la fuerza, posee grandes masas de tropas que arroja por doquiera, que las impulsa contra los que le ofenden y desafían su poder, pero, á pesar de esto, como que aquella gente lleva en sí algo de aquella ardiente fe de los primitivos cristianos, por cada uno que sucumbe brotan ciento que predicán.

Aquel imperio colosal, cada día está más minado; tronco que parece robusto y fuerte, la carcoma va debilitándole en el interior hasta que llegue el día en que venga á tierra, si antes prudentemente no le pone remedio conforme han hecho otros pueblos de Europa.

Las ideas no hacen en balde su camino.

Al empezar el siglo, los rusos incendiaban sus ciudades para oponer un muro de fuego á las ideas invasoras que llevaban consigo los soldados de Napoleón I.

En el día, incendiarán, tal vez, las ciudades, pero será impulsados por aquella misma idea que combatían entonces, para sepultar entre las llamas, el poder que hoy trata de impedirles pensar.

Tal es la situación de Rusia en el interior.

Es un gigante, bajo cuyos pies comienza á faltar la tierra.

En cambio, en el exterior, todavía tiene y tendrá por algún tiempo gran influencia.

Se le ve á distancia, se cuentan sus poderosos ejércitos, sus potentes elementos de destrucción, se analiza el peso que lleva su amistad, depositada

en la balanza de una guerra, y por lo tanto, se le acaricia porque se le teme, se le respeta porque dispone de la fuerza y se busca su alianza por la conveniencia que de ello puede resultar.

Las simpatías de Rusia se inclinan al lado de Francia, y realmente para mantener el equilibrio europeo, esto es lo que más indicado parece desde el momento en que Alemania, Italia y Austria parece que estrechan sus vínculos de amistad.

Nosotros creemos, que Rusia, en los momentos actuales, está pasando un período sumamente difícil porque es el período de elaboración, digámoslo así, el período en que las nuevas ideas tratan de hacerse paso luchando con las antiguas prácticas, y este período, que gasta en gran manera las fuerzas vivas de la nación, es el que sirve para determinar más tarde la evolución general.

En el día, Rusia tampoco está en condiciones de comprometerse en aventuras en el exterior, pero de todos modos, sus simpatías respecto á Francia, simpatías demostradas de un modo harto elocuente, han servido y están sirviendo, en nuestra opinión, para evitar un rompimiento que alterase la paz de que tanta necesidad tiene la Europa.

Considerada bajo este punto de vista, aplaudimos semejante actitud, puesto que la verdad es que mucho se ha adelantado para el desarrollo de las fuerzas vivas de los pueblos, de los verdaderos gérmenes de riqueza que todos y cada uno en particular posee, ya por su industria, ya por su comercio, ya por sus productos agrícolas, elementos de vida y prosperidad que únicamente por medio de la paz prosperan y crecen.

Si de Europa fijamos nuestras miradas en América, no encontraremos, después de la portentosa guerra separatista, más que otro acontecimiento de consideración.

Así como el hombre, tras un gran esfuerzo, se encuentra como asombrado de aquello mismo que ha hecho, y necesita un largo espacio para reponerse, del mismo modo, los pueblos, tras un poderoso sacudimiento, pasan por un período más ó menos largo de inercia, de aplanamiento consiguiente á la mayoría de actividad que emplearon anteriormente.

Así sucedió con los Estados Unidos.

Emplearon su inteligencia, recursos, atrevimiento, cuanto es necesario para sostener una lucha de vida ó muerte, y como que aquella gue-



LOS GRANDES DUQUES
CONSTANTINO Y SU HIJO. — NICOLÁS. — MIGUEL

rra era distinta de todas las demás que en Europa ensangrentaban el suelo, como que era una guerra de dos principios, de dos ideas, no por la adquisición de un territorio ó por el quijotesco alarde de un monarca, agotóse todo cuanto el esfuerzo humano puede producir, y una vez conseguido el objeto, vencido y vencedor dejáronse caer extenuados por la fatiga y el cansancio.

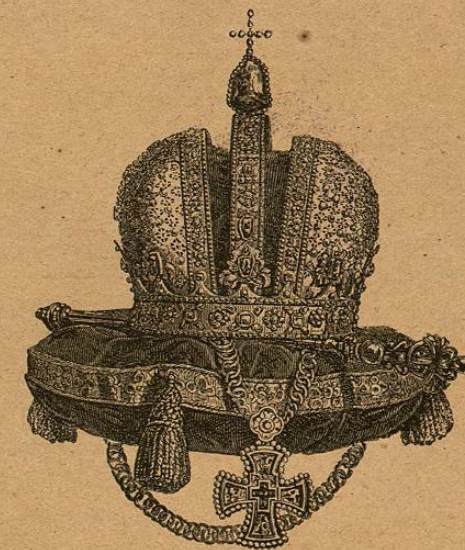
Sin embargo, como que en aquel pueblo existe una virilidad y una energía de la cual carecen nuestras viejas naciones de Europa, no duró mucho tiempo la inacción, y pronto la verdadera vida de los pueblos, el comercio, la industria, los descubrimientos, el adelanto en todas sus diversas manifestaciones tornaron á mostrarse en aquella poderosa agrupación de Estados.

Realizada la generosa idea de Lincoln, los Estados Unidos han vuelto á ser el pueblo que asombra con sus audacias, que sorprende con sus catástrofes, que admira con sus descubrimientos y que subyuga con su grandeza.

No parece sino que la savia de la vieja Europa, al esparcirse por aquellas comarcas vírgenes, ha hecho brotar generaciones vigorosas, caracteres de hierro, inteligencias superiores, que en admirable consorcio, han conseguido elevar esa colosal nacionalidad.

En cambio, los demás Estados de América arrastran una existencia asaz penosa.

Procedentes de Europa, sangre de la sangre de ésta llevan sus hijos en las venas, y como si en sus moléculas hubieran llevado gérmenes de las ligere-



zas, de las genialidades, de los vicios que aquí nos atormentan, inquietos por lo general, víctimas de las ambiciones, de los desaciertos, de las tiranías, gastan sus fuerzas en civiles discordias que esterilizan las fuentes de riqueza que cada uno de aquellos Estados guarda en su seno.

Lo mismo la América del Centro que la del Sur, lo mismo Méjico que el Brasil, han pasado grandes vicisitudes y bien las guerras de Estado con Estado, bien sus discordias civiles ó sus luchas presidenciales, los han perturbado y los perturban sin cesar.

Empero, como que aquel país encierra en sí mismo tantos gérmenes de riqueza, como los americanos llevan en una mano el arma para combatir y en la otra los instrumentos del trabajo y del progreso, de aquí que lo que en cualquier otra nación

de Europa sería un atraso ó tal vez su ruina, allí no es más que un ligero paréntesis que se establece en su vida, pasado el cual, vuelve otra vez el pueblo á seguir su ventajosa marcha.

Por doquiera que volvamos la vista, al lado de la casa derruida por efecto del anterior trastorno, vemos cien edificios que se levantan; junto á la industria muerta por la pasada insurrección, créanse otras nuevas y todos los adelantos, todos los progresos implántanse inmediatamente y todos obtienen el mejor resultado.

Lo mismo Chile que el Perú, el Paraguay que Buenos Aires, Méjico que Santo Domingo, en breve espacio han cicatrizado las heridas que les causaron á las unas las desavenencias con España, á las otras la ingerencia de Francia para cambiar su forma de gobierno, á éstas las tiranías de presi-